



TEMA 3.- LA CONVERSIÓN PASTORAL DESDE LA METÁFORA DE EGIPTO

“Se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra Prometida” (Benedicto XVI)

1. SALIDA DE EGIPTO

Los hijos de Jacob habían bajado a Egipto a buscar alimentos en una época de vacas flacas. Allí se encontraron con su hermano José quien los salvó, los perdonó, los invitó a bajar a Egipto porque allí vivirían en prosperidad. En Egipto se fueron multiplicando y lo que era un clan familiar terminó siendo un gran pueblo. Ellos eran los descendientes de Abrahán, a quien Dios llamó e hizo una doble promesa: ser padre de un gran pueblo y habitar en una tierra.

La primera promesa se fue cumpliendo de forma natural por la fecundidad de los esposos. La segunda, en cambio, había caído en el olvido. Durante décadas habían vivido cómodamente en tierra extranjera en situación privilegiada porque eran familia del que fuera virrey de Egipto. Pero, acomodados, olvidaron su verdadera identidad, quiénes eran y cuál era su misión.

Llegó un faraón que no había conocido a José y se acabaron los privilegios. Egipto vivía ya en otra época y los hebreos eran vistos como una amenaza. Se despertó la hostilidad hacia ellos y fueron reducidos a la esclavitud. Si querían subsistir tenían que plegarse a las necesidades de aquella cultura extraña. En medio de ese pueblo sometido algunos recordaban quienes eran y clamaban a Dios para que los sacara de aquella situación.

2. EL CRISTIANISMO: SITUACIÓN ACTUAL

¿No nos habla esta historia de los que está pasando al cristianismo en nuestros días? La Iglesia ha vivido durante siglos en un sistema de cristiandad, un sistema cultural fruto de muchos siglos. Como los hebreos, los cristianos de otros siglos también “se instalaron en Egipto”, y han gozado de una situación privilegiada que ha sostenido a la Iglesia, e incluso ha sido motor de la extensión del Evangelio por otros continentes.

Pero ha llegado un nuevo faraón, una nueva cultura. En ella el cristianismo es algo ajeno, molesto incluso; se trata de neutralizarlo y, por parte de algunos, de extinguirlo. El cristianismo no termina de encontrar su sitio en esta cultura secularizada. En esta situación, las Iglesias se dedican en su mayor parte a subsistir. En algunos contextos se llega incluso a perder la libertad con tal de seguir existiendo; es lo que el Papa Francisco denomina “mundanización”. Pero hay una minoría que anhela la libertad, pide un cambio y quiere recuperar la verdadera identidad misionera; propone salir de Egipto e ir hacia la Tierra Prometida, convertirse en Iglesia en salida.

3. LA TIERRA PROMETIDA

Y nos podemos preguntar ¿qué hay en la Tierra prometida? ¿cómo es? Nos alejamos de este concepto bíblico porque la Iglesia no puede dejar de peregrinar, no se puede instalar. Cada vez que la Iglesia se ha instalado en una cultura ha padecido una crisis de identidad. La Iglesia no está llamada a ser un pueblo instalado, sino un pueblo en camino. Precisamente estamos iniciando un camino sinodal. Es una clave de comprensión de la identidad de la Iglesia que tiene como una de sus principales características el dinamismo, el movimiento, la salida hacia las periferias.

Construir el Reino de Dios, que es la misión de la Iglesia, implica combatir el mal. En las batallas se montan campamentos que se van moviendo, que crecen. La misión de la Iglesia es ganarle terreno al desierto que es el territorio del mal. Cuando Benedicto XVI convocó el Año de la Fe hablaba de la desertificación espiritual de la actualidad.

Cada parroquia es un campamento en medio del desierto, en un oasis. En ese oasis se acoge a los peregrinos que llegan cansados de la cultura del ocio que les deja vacíos porque no les permite descansar de verdad. En la tierra prometida se vive el descanso verdadero: descansar en el Señor y en los hermanos cada fin de semana.

Un relato

Los lunes, en el trabajo, algunos compañeros cuentan qué han hecho el fin de semana. Uno de ellos habla con naturalidad de su parroquia: de una homilía que le ayudó, de un canto que le emocionó, del café compartido con otros, o de una reunión con jóvenes que le llenó de esperanza. Sus compañeros saben que forma parte de un pequeño equipo de vida donde se apoyan y rezan juntos.

Un día, estos compañeros acudieron al funeral de la madre de este amigo y quedaron sorprendidos. Desde la acogida se respiraba un ambiente cercano y sereno. Todo estaba bien preparado y cada persona sabía qué hacer. La homilía del sacerdote les hizo comprender lo que su compañero solía contarles. Habló del Espíritu Santo y lanzó preguntas que les hicieron pensar. La música les llegó al corazón y, aunque no conocían las canciones, pudieron seguirlas en una pantalla.

También les impactaron las palabras que su amigo dijo en el funeral. No fue un discurso vacío: hablaba con fe, como en familia. Nunca habían escuchado a un laico hablar así de Jesús y de la vida eterna.

Al despedirse, su amigo les presentó a otros miembros de la parroquia. Notaron entre ellos un trato especial, lleno de cariño. Al salir, vieron carteles que invitaban a retiros, ejercicios espirituales, Cuatro40 y otros encuentros, y sintieron curiosidad por saber más.

Estos compañeros tienen una sed interior que no saben cómo apagar. Su amigo sí ha encontrado la fuente y, con sencillez, la comparte. No se guarda la experiencia: habla de su relación con Jesús y reza por ellos, esperando que algún día descubran que esa sed es, en el fondo, sed del amor de Dios. Este amigo es ahora un discípulo misionero. Antes participaba en la parroquia por costumbre y su relación con Dios era superficial. Todo cambió cuando tuvo un encuentro personal con Jesús y experimentó la acción del Espíritu Santo. Entonces descubrió que su vida tenía un sentido y que estaba llamado a vivir la fe y la misión de la Iglesia en comunión con los demás. Este relato, basado en hechos reales, puede ayudarnos a “pre-ver”, a ver con antelación, la Tierra Prometida.

Conversación en el Espíritu

Estas son las 2 preguntas que compartiremos en la reunión. Una dinámica de discernimiento en la Iglesia Sinodal.

1. “Pensando en nuestra parroquia y en nuestra fe de cada día, ¿en qué cosas sentimos que estoy/estamos cómodos, acostumbrados o simplemente ‘cumpliendo’, pero sin ilusión ni ganas de compartir la fe con otros?”

- (Cada uno hable desde su **experiencia personal**, sin conceptos complicados. En que nos parecemos al pueblo en Egipto. Que sentimientos reales tenemos: rutina, miedo, cansancio, costumbre...)

2. “¿Qué crees que el Espíritu Santo me/nos está pidiendo hoy como parroquia para dar algún paso fuera de esa comodidad y acercarnos más a las personas que están lejos de la Iglesia?”

- (Mirar hacia delante con esperanza, no con culpa. Pensar en gestos sencillos y posibles, no en grandes planes).